

A LA VIRGEN BLANCA

¡Cuanto sufro sin tí! Cuantos más días
vivo de tus hogares alejado
más y más crecen las angustias mías;
y en mi pena callada
vuelvo, sin darme cuenta, hacia tu estrado
mi anhelante mirada,
buscando en tu solar, rincón bendito,
el bien que necesito.

Yo madre no quisiera
separarme de tí ni un solo instante;
mas la rudeza fiera
de mi sino inconstante
cruel me aleja de mi bien querido;
dando aleve ai olvido
que cuanto menos, Madre, yo te veo,
más y más te deseo.

¿Por qué de ti me apartan? ¿Por ventura
ignoran que en los duelos y pesares
el bendito pilar de tu escultura
prestó consuelo y sombra á mis hogares?

¿O es, que esclavos de fútiles enojos,
temen que á los lamentos de mi canto
vuelvas á mí tus ojos,
para aplacar mi llanto;
y tus ojos azules como cielos,
cuando me miran les procuen celos?

No sé lo que será, Madre del alma;
más lejos de tu lado,
se conturba mi calma;
mi pecho amante vuela hacia el pasado
el presente me abruma:
y cual la blanda ola escapa inquieta
hasta la roca escueta
á cantarle su amor cuajando espuma,
tal mi suspiro vuela á tí ligero
á decirte: «*Maria yo te quiero*»

¿Cómo olvidar aquellas
noches que fueron de apacible estío,
en que al leve rumor de las querellas
que el aire gime en tu solar umbrío;
entre dulces reproches,
á la tímida luz de aquellas noches,
tus plácidas sonrisas cariñosas,
callando me decían tantas cosas?

¿Cómo olvidar mi amada,
la sencilla balada
que sin arte ni alijo,
te cantaba afanoso siendo niño?
No; no; la mente mía
recuerda con deleite los momentos
de aquel lejano día
en que, postrado ante tu imagen pura,
te consagré mi fe y mis sentimientos,
regando con mi llanto de alegría
en infantil dulzura,
el sagrado escabel de tu escultura.

¡Qué bello era el claror de aquella luna,
lámpara misteriosa
colgada en el espacio,
cuando alumbraba tenué mi fortuna
y tendía sutil gasa medrosa
en el arco ojival de tu palacio!

¡Cuán suaves los aromas
de las sencillas flores de las lomas,
que traían las auras matinales
á tus piés virginales,
para que su fragancia campesina
perfumara el altar de tu hornacina!

Y ¡qué dulces y tiernas las canciones
que al pie de tu Santuario
cantaban en tu día,
rendidos ante tí, mil corazones,
que al entonar tu místico rosario
pregonaban tus glorias á porfía!

Ma jah; todo acabó para mí! El hado
lejos de tí me señaló destino;
y ausente de tu lado
en mi triste camino
ni contemplo el dulzor de tus sonrisas.
ni las halagadoras ténues brisas
traen á mi oido tu meloso acento
dulce, más dulce que el gemir del viento.

Y te llamo mil veces;
y cuando el sueño al fin rinde mis ojos,
tú en mis gratos ensueños aparecés,
y calmas mis enojos,
y haces que en mí renazca la esperanza
de ver lucir en breve los albores
del día en que, mecido en la bonanza,
me adormezca al calor de tus amores.

MANUEL DÍAZ DE ARCAYA.

Agosto de 1904.